

## ACTO V

### ESCENA PRIMERA

Plaza pública cerca de la puerta de la ciudad

MARIANA cubierta con un velo. ISABEL y Fr. PEDRO á lo lejos. Por la parte opuesta entran el DUQUE, VARRIO, varios señores, ANGELO, ESCALO, LUCIO, el PREBOSTE, oficiales y ciudadanos.

EL DUQUE

Bien venido, mi digno primo. Contento estoy de veros, mi antiguo y fiel amigo.

ANGELO.—¡Doy á Vuestra Alteza la más cordial bienvenida!

EL DUQUE (*á Angelo y á Escalo.*)—Mil y mil gracias os doy á ambos; nos hemos informado de vuestro proceder, y tanto nos elogiaron vuestra justicia, que no resistimos al deseo de manifestar públicamente la gratitud que os debemos, precursora de más altas recompensas.

ANGELO.—Con lo cual nos obligáis más y más.

EL DUQUE.—Vuestro mérito es patente y sería hacerle injuria encerrar el testimonio en el secreto de nuestro conocimiento personal, cuando merece hallar en bronce y mármoles la debida y eterna seguridad contra el diente del tiempo y los estragos del olvido. Dadme vuestra mano, y véanlo mis súbditos para que se convenzan de que tengo un singular placer en anunciaros con visibles muestras de agrado los favores que os reservo. Venid, Escalo; también vos debéis acompañarme á mi izquierda. Sois para mí dos buenos auxiliares.

FR. PEDRO (á Isabel).—Ha llegado el momento; hablad alto é hincad la rodilla delante de él.

ISABEL.—¡Justicia! señor! justicia! ¡Dignaos volver los ojos á una desgraciada,... bien quisiera decir á una doncella! ¡Oh! digno príncipe, no deshonréis vuestras miradas desviándolas á otro objeto sin haber atendido á mi queja y hecho justicia; ¡justicia!... justicia!

EL DUQUE.—Decidme vuestros agravios. ¿En qué habéis sido ultrajada? ¿por quién? abreviad: aquí está el señor Angelo que os hará justicia; dirigíos á él.

ISABEL.—¡Oh noble duque! me ordenáis que pida mi salvación al mismo demonio: óidme vos cuánto me veo forzada á declarar; os obligará á castigarme por impostora ó á darme satisfacción; dignaos, dignaos escucharme aquí!

ANGELO.—Señor, me parece que esta mujer está loca; vino hace poco á solicitar el indulto de su hermano, que ha sido ejecutado por orden de la justicia...

ISABEL.—¡La justicia!

ANGELO.—Y ahora va á desahogar su pena con amargas y extrañas declamaciones.

ISABEL.—Sí, voy á revelar cosas muy raras en efecto pero también muy ciertas. Angelo es un perjuro; ¿no es verdad que es raro? Angelo es un asesino;

no; ¿no es verdad que es raro? Angelo es un adúltero, un hipócrita, un corruptor; ¿no es esto el colmo de la rareza?

EL DUQUE.—En efecto, es rarísimo.

ISABEL.—Pues bien; todo esto es tan verdad y tan raro, como que él es Angelo; porque la verdad es la verdad.

EL DUQUE (á uno de sus oficiales).—¡Retíradla de aquí! ¡Pobre desgraciada! Sin duda delira ó está loca!

ISABEL.—¡Oh Alteza! os conjuro, por la fe que tenéis en el cielo, que no me despreciéis así creyéndome loca; no juzguéis imposible lo que es tan sólo inverosímil: ¡ah no! no es posible que el bandido más vil de la tierra parezca tan reservado, tan grave, tan perfecto como parece Angelo; si, es posible, muy posible que Angelo con toda su noble apariencia, su reputación, sus títulos y sus imponentes modales, sea un bandido. Creedlo, ilustre príncipe; si no es un bandido no es nada; pero es más aún de lo que digo; no hallo palabras con que expresar toda su infamia.

EL DUQUE.—Por mi honor, si es loca, (y no puedo creer otra cosa), su locura tiene la más extraña apariencia de sentido común; demuestra tanta congruencia en sus ideas, como no la ví jamás en la locura.

ISABEL.—Alteza, dejad semejante prevención, no me creáis privada de mi razón porque hable sin orden, y ejercitad vuestro juicio en sacar que encubrir la impostura que parece verdad.

EL DUQUE.—Ciertamente, muchos que no están locos muestran menos juicio que ella. ¿Qué queréis decir?

ISABEL.—Soy la hermana de un tal Claudio, condenado á muerte por Angelo á causa de vergonzoso delito. Había entrado de novicia en un convento, cuando mi hermano me rogó que fuera á verle; un joven llamado Lucio fué su mensajero.

LUCIO.—Soy yo; fui á buscarla por encargo de

Claudio y á rogarla que hiciera lo posible por lograr el indulto de su pobre hermano.

ISABEL.—Sí, es el mismo, en efecto.

EL DUQUE (á Lucio).—Y á vos, ¿quién os ha preguntado nada?

LUCIO.—Nadie, señor; pero tampoco nadie me ha prohibido hablar.

EL DUQUE.—Pues lo hago ahora y os ruego, que atendáis á lo que os digo; cuando se ventile algún asunto vuestro, rogad á Dios que nada tengan que reprocharos.

LUCIO.—¡Oh! respondo de ello á Vuestra Alteza.

EL DUQUE.—Responded de ello á vos mismo; mucho cuidado.

ISABEL.—Este honrado caballero no hizo más que testificar lo que yo decía.

LUCIO.—Sólo lo justo.

EL DUQUE.—Sin duda alguna; pero erró en hablar antes de llegarle su vez. (A Isabel.) Continúad.

ISABEL.—Fuí á ver á este peligroso é infame ministro.

EL DUQUE.—Estos calificativos trascienden á locura.

ISABEL.—Excusadme, Alteza; convienen exactamente al sujeto.

EL DUQUE.—Modificándolo; continuad.

ISABEL.—En una palabra, para abreviar y ahorrar-me el inútil y largo relato de cómo intenté persuadirle, cómo le rogué, y me eché á sus plantas, cómo refutó mis razones y le contradije yo (pues todo eso ha sido largo), declaro desde luego con vergüenza y dolor la infame conclusión de la entrevista. No quiso soltar á mi hermano sino al precio de mi honor. Mi cariño de hermana impuso silencio á mi virtud, y cedí: y á pesar de esto, al día siguiente, mandó decapitar á mi hermano.

EL DUQUE.—¡Oh! Eso es inverosímil.

ISABEL.—¡Ah! ¡pluguiese á Dios que fuese tan inverosímil como es cierto!

EL DUQUE.—¡Por el cielo! desventurada, no sabes lo que dices; por fuerza te han sobornado é impelido á calumniarle, víctima de alguna terrible maquinación. Desde luego su integridad se halla exenta de toda mancha. Es absurdo, además, que persiguiese con tanta severidad en los otros faltas que le eran propias: si hubiese pecado de este modo, habría pesado á tu hermano en su propia balanza, y no le hubiera dado muerte. Alguien os mueve contra él. Confesad la verdad, y declarad quién os trae aquí á quejaros.

ISABEL.—¿Así contestáis? ¡Cielos, dadme paciencia! ¡Y cuando sea ocasión, rasgad el velo que oculta el crimen bajo la parcialidad del favor! Qué el cielo preserve á Vuestra Alteza de toda desgracia, como es verdad que yo, víctima ultrajada, os dejo sin que me hayáis creído.

EL DUQUE.—Eso quisierais; evadiros ahora sin más, ni más. (A un oficial.) Llevadla á la cárcel. ¡Qué! ¿permitiríamos que tan afrentosa acusación, tan escandalosa querella, caiga impunemente sobre un hombre á quien tanto queremos? Necesariamente esto arguye una intriga. ¿Quién conoce vuestro designio y vuestra diligencia?

ISABEL.—Un hombre á quien quisiera ver aquí; el hermano Ludovico.

EL DUQUE.—Vuestro padre espiritual, sin duda;—¿quién conoce á este Ludovico?

LUCIO.—Señor, yo, le conozco; es un monje intrigante; no estimó á ese hombre: á ser un seglar, le hubiera rudamente castigado por ciertas palabras con que insultó á Vuestra Alteza, en vuestra ausencia.

EL DUQUE.—¿Contra mí? ¡Es sin duda un digno religioso! ¡Cómo pudo excitar á esta desgraciada mujer á que venga á acusar á nuestro sustituto! Vayan á ver si le encuentran.

LUCIO.—Ayer mismo, señor, le ví con Isabel en la cárcel: ¡qué hombre tan impertinente y miserable!

FR. PEDRO.—¡Que el cielo bendiga á Vuestra Alteza real! Esperando aquí, señor, oigo que tratan de engañaros. Esta mujer acusa sin razón á vuestro ministro. Es tan inocente del crimen que le imputan, como ella de todo trato con hombre no nacido todavía.

EL DUQUE.—Esto creemos. ¿Conocéis al hermano Ludovico de quien habla?

FR. PEDRO.—Le conozco y le tengo por un santo, incapaz de maldad é intrigas, como afirma este caballero. Os doy palabra, que jamás hablé mal de Vuestra Alteza, como este caballero pretende.

LUCIO.—Dijo horrores, creedme.

FR. PEDRO.—Ya vendrá el día en que él mismo salga á justificarse: ahora está enfermo, señor, de una fiebre maligna; á sus ruegos, conecedor de lo que se proyectaba contra el señor Angelo, vine aquí declarar, en su propio nombre, la verdad de lo ocurrido que él mismo demostrará con juramento y con toda suerte de pruebas, cuando sea llamado. En cuanto á esta mujer (en justificación de este digno señor, tan directa y públicamente acusado), veréis cómo la desmiente de modo que se vea obligada á confesar su impostura.

EL DUQUE.—A ver si nos dais esta satisfacción, buen padre. ¿No os da ganas de sonreír lo que ocurre, Angelo? ¡A dónde llega la temeridad de estos miserables! Traed sillas. Venid, primo Angelo: quiero ser parcial en este asunto; sed vos mismo juez en vuestra propia causa. (*Los guardias se llevan á Isabel y se adelanta Mariana.*) ¿Es ésta la testigo, hermano? Que se descubra el rostro y hable luego.

MARIANA.—Perdonad, señor: no descubriré mi rostro hasta que mi esposo me lo ordene.

EL DUQUE.—¡Cómo! ¿Sois casada?

MARIANA.—No, señor.

EL DUQUE.—¿Sois soltera?

MARIANA.—No, señor.

EL DUQUE.—¿Entonces, sois viuda?

MARIANA.—Tampoco, señor.

EL DUQUE.—¿Entonces no sois nada? Ni soltera, ni casada, ni viuda.

LUCIO.—Señor, podría ser muy bien una meretriz; muchas de ellas no son ni solteras, ni casadas, ni viudas.

EL DUQUE.—Haced callar á ese quídam; quisiera verle en algún asunto propio, ú obligado á demandar gracia por su cuenta.

LUCIO.—¡Señor!

MARIANA.—Confieso que jamás he sido casada; y que no soy soltera: conocí á mi marido y sin embargo éste lo ignora.

LUCIO.—Estaría ebrio; no puede ser otra cosa.

EL DUQUE.—Así lo estuvieras tú, y nos libraríamos de tu charla.

LUCIO.—¡Señor!

EL DUQUE.—Hasta aquí no veo el testigo en la causa de Angelo.

MARIANA.—A eso voy, señor. Esta mujer que le acusa, intenta la misma acusación contra mi marido, y yo le probaré que en el pretendido instante de su entrevista, se hallaba conmigo y no con ella.

ANGELO.—¿Le acusa de algo más que á mí?

MARIANA.—Que yo sepa, no.

EL DUQUE.—¿No? ¿y decís que era vuestro esposo?

MARIANA.—El mismo, señor; y el mismo Angelo, que cree no haber tenido relación alguna conmigo, pero que está cierto de haberse avistado con Isabel.

ANGELO.—¡Extraño enigma! Veamos vuestro rostro.

MARIANA.—Puesto que mi esposo lo ordena, voy á descubrirme. (*Se quita el velo.*) Vedle, este rostro, cruel Angelo, que según juraste un tiempo era digno de tus miradas; vedla, la mano que ató á la tuya un contrato sellado con tus juramentos; ved, en fin, á la que acudió á la cita en lugar de Isabel.

EL DUQUE (*á Angelo.*)—¿Conocéis á esta mujer?

ANGELO.—Señor, confieso que sí; cinco años atrás

tratamos de casarnos, pero luego el contrato se rompió en parte porque la dote estipulada resultó menor de lo convenido; pero la principal razón fué que la reputación de esta mujer había sido empañada; desde entonces no he vuelto á hablarla, ni á verla, ni oí hablar de ella jamás.

MARIANA.—Noble príncipe, tan cierto como la luz viene del cielo, y las palabras de la voz, y la razón está en la verdad y la verdad en la virtud, fuí prometida á este hombre y soy su esposa, ligada á él



por los más fuertes vínculos que existan en el mundo; sí, Alteza, juro que en la noche del martes último en la casita de su jardín, me avisté con él: y por ser esto así, como es, permitid que me levante con la plena seguridad de que haréis justicia; sino dejadme aquí, inmóvil y clavada en el suelo como una estatua de mármol.

ANGELO.—Hasta ahora no hice más que sonreirme, oyendo tales sandeces, noble señor; concededme ya la libertad de hacerme justicia: han puesto á prueba mi paciencia; comienzo á entrever que estas desventuradas locas no son sino los instrumentos de algún enemigo más poderoso que las excita contra mí: dejad, señor, que descubra esta sorda trama.

EL DUQUE.—Con todo mi corazón; aplicadles, si os parece, todo el rigor de la ley. Tú, temerario, y tú, malvada mujer, conjurada con la que acaban de echar fuera, ¿pensáis que vuestros juramentos, aun cuando hicieran bajar á fuerza de protestas todos los santos del cielo, serían testimonios admisibles contra su mérito y su fe, revestidos con el sello de mi aprobación? Vos, señor Escalo, sentaos junto á mi primo: prestadle vuestros oficios, para descubrir la fuente de esta difamación. Otro monje las ha excitado, según dicen; que vayan por él.

FRAY PEDRO.—¡Plegue á Dios, que estuviese aquí, señor! él fué en efecto quien ha impulsado á estas mujeres á intentar esta acusación: vuestro preboste conoce su domicilio, y él puede traéroslo.

EL DUQUE (*al preboste*).—Id, y traedlo al momento. Y vos, mi noble primo, que me dais tantas garantías y á quien importa llevar á término la causa, proceded como mejor os parezca, é infligid el castigo que más os plazca. Voy á dejaros un instante: no os mováis de vuestra silla hasta haber confundido á vuestros calumniadores.

ESCALO.—Señor, vamos á examinar á fondo la causa. (*Sale el duque.*) Señor Lucio (*á Lucio*) ¿no habéis dicho que teníais al monje Ludovico por un villano?

LUCIO.—*Cucullus non facit monachum.* Sólo tiene de honrado el hábito que lleva; decía pestes del duque.

ESCALO.—Os suplicamos que aguardéis hasta que venga, para que atestigüéis contra él... Este monje será, sin duda, un estrafalario.

LUCIO.—Como el que más lo sea en Viena; os lo juro.

ESCALO.—Que hagan comparecer de nuevo á Isabel; dejad que la interroge. (*A Angelo.*)—Ya veréis cómo la obligo á contradecirse.

LUCIO.—Mejor que vos, servirá para ello su propio relato.

ESCALO.—¿Qué decís?

LUCIO.—Digo que si le tomáis declaración privadamente, confesará más pronto; quizá en público le dé vergüenza.

(Vuelve el duque en hábito de religioso, con el preboste; traen á Isabel).

ESCALO.—Voy á llamarla aparte, y ponerme á la sombra.

LUCIO.—Este es el mejor medio que puede usarse con las mujeres.

ESCALO.—Venid acá, señora; esta señora niega todo lo que habéis dicho.

LUCIO.—Ahí viene, con el preboste, ese miserable de quien os hablé.

ESCALO.—A tiempo llega. No le habléis hasta que os llamemos.

LUCIO.—¡Motus!

ESCALO.—Acercaos, padre. ¿Fuísteis vos quien excitó á estas mujeres á calumniar al señor Angelo? Así lo han confesado.

EL DUQUE.—Es falso.

ESCALO.—¿Cómo! ¿Sabéis dónde estáis?

EL DUQUE.—¡Respeto la dignidad de vuestro cargo! Al mismo demonio se le respeta á veces por su cetro candente! ¿Dónde está el duque? El debe ser quién me oiga.

ESCALO.—Nosotros le representamos, y nosotros os escucharemos; decid en todo la verdad.

EL DUQUE.—Por lo menos, hablaré con osadía. Pero ¡desdichadas! ¿cómo venís aquí á pedir el borrego al zorro en su misma cueva? ¡Cómo esperar justicia! ¿Se fué el duque? Entonces habéis perdido la

causa. El duque ha cometido una injusticia en rechazar así vuestra apelación y en poner vuestra causa en las manos mismas del bandido que venís á acusar.

LUCIO.—¡Tunante! Ya veis que es el mismo.

ESCALO.—¡Qué! monje irreverente y profano ¿no te basta haber insubordinado á estas mujeres para acusar á este digno hombre, sin que tu boca infame venga á llamarlo bandido en sus propias barbas? ¿Y luego te atreves con el mismo duque? Que lo saquen de aquí; que lo conduzcan al tormento. Hemos de descoyuntarle los miembros hasta averiguar la verdad. ¡El duque, injusto!

EL DUQUE.—No os irritéis así. Así intentaría el duque descoyuntarme un dedo, como lastimarse los suyos; no soy su súbdito, ni debo responder á él de mis acciones. Los negocios que me han traído aquí me han permitido observar las costumbres de Viena, y he visto la corrupción hervir y derramarse á borbotones; he visto que había leyes para todas las faltas, eso sí, pero tan bien protegidas éstas, que los más enérgicos estatutos son como el cuadro de las multas colgado en la tienda de un barbero, objeto de risa y no más.

ESCALO.—¡Calumniar al Estado! Prendedle.

ANGELO.—Señor Lucio ¿qué tenéis que decir contra este hombre? ¿No nos habéis hablado de él?

LUCIO.—Del mismo, señor. Venid acá, mi buen viejo de cabeza calva. ¿Me conocéis?

EL DUQUE.—Ya lo creo... Con sólo el sonido de vuestra voz: os he encontrado en la prisión durante la ausencia del duque.

LUCIO.—¡Oh! ¡sí, sí! ¿Y recordáis qué me habéis dicho del duque?

EL DUQUE.—Palabra por palabra.

LUCIO.—¿Sí? ¿Y era el duque un mercader de carne humana, un imbécil, un cobarde, como me dijisteis entonces?

EL DUQUE.—Es necesario que troquemos ambos los

papeles antes de atribuirme tales frases, puesto que vos y no yo, fuísteis quien las dijo; y aun peores, mucho peores.

LUCIO.—¡Oh tuno condenado! ¿no recuerdas que te agarré por la nariz por tus dichos?

EL DUQUE.—Protesto que amo al duque como me amo á mí mismo.

ANGELO.—¿Oís cómo quisiera terminar este miserable este asunto, después de sus injurias y ultrajes?

ESCALO.—No es digno de que le escuchemos; prendedle. ¿Dónde está el preboste? Llevadlo á la cárcel; ponedlo bajo cerrojos y que no hable más. Que se lleven también á estas desgraciadas con su otro cómplice.

(El Preboste intenta coger al duque).

EL DUQUE.—Esperad un momento.

ANGELO.—¿Qué, resiste? Ayudadle, Lucio.

LUCIO.—Venid, señor, venid; ¡vamos pues! ¡cómo, cabeza calva, vil mentiroso! ¡Será preciso arrancaros la capucha! Mostradnos vuestra cara de pillo y trágueos la peste! ¡A ver, á ver vuestra facha de piojoso, y á la horca! ¿No queréis?

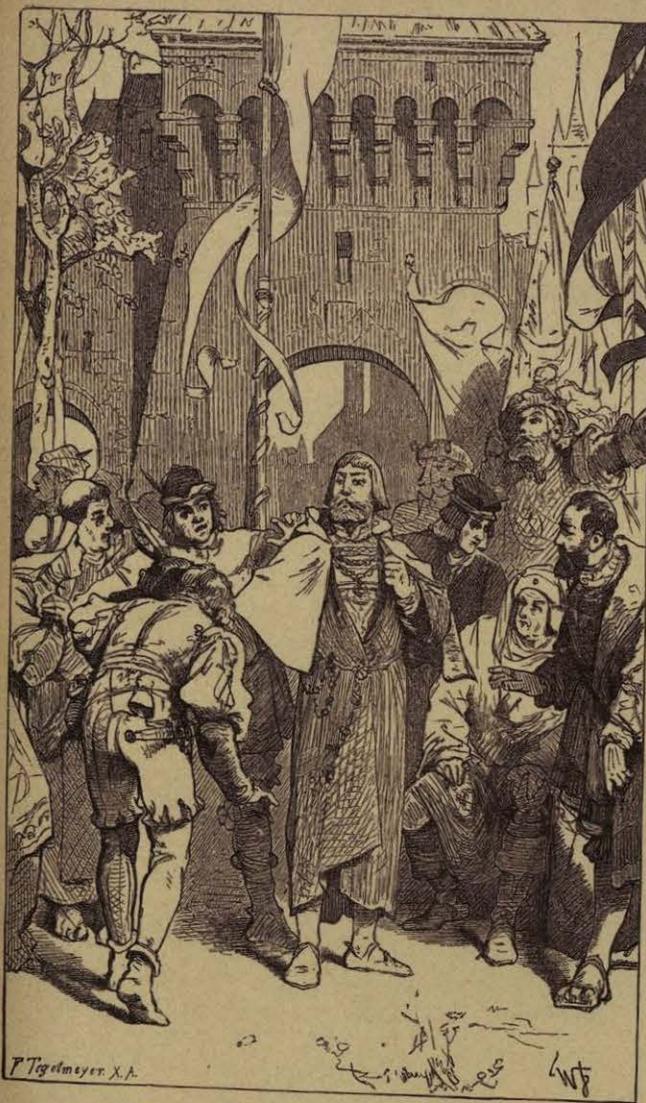
(Lucio arranca la capucha al duque).

EL DUQUE.—Eres el primer tunante que haya hecho un duque. Desde luego, respondo, de esas tres honradas personas. (A Lucio.) No te escapes, tú; luego nos veremos los dos. Prendedle.

LUCIO.—A ver si acaba eso peor que en el cadalso.

EL DUQUE (á Escalo).—Os perdono cuanto habéis dicho; sentaos. (Señalando á Angelo.) Angelo nos cederá su lugar. (A Angelo.) Con vuestro permiso. (Se sienta en el sitio de Angelo.—A éste.) ¿Tienes acaso todavía palabras, astucia ó insolencia bastante para continuar? Si es así, cuenta con ellas hasta que hayan oído mi relato, y no tardes en emplearlas.

ANGELO.—Señor, mayor fuera mi culpa de lo que fué hasta ahora, si me imaginase que soy impenetrable, cuando veo que Vuestra Alteza, como una inteligencia divina, ha penetrado todas mis intrigas.



Lucio arranca la capucha al duque

Así, buen príncipe, no sitiéis más tiempo mi vergüenza; y limítese mi proceso á mi propia confesión. Condenadme desde luego, y ejecutadme pronto; es la única gracia que imploro.

EL DUQUE.—Acercaos, Mariana. (*A Angelo.*) Responde: ¿diste á esta mujer palabra de matrimonio?

ANGELO.—Sí, señor.

EL DUQUE.—Vé, llévatela y despósala al instante. Id, buen padre, casadlos; y luego mandádmelo aquí. Preboste, acompañadles.

(*Salen Angelo, Mariana, el preboste y el religioso.*)

ESCALO.—Señor, más que la singularidad de la causa, me confunde su deshonra.

EL DUQUE.—Acercaos, Isabel; vuestro monje es ahora vuestro príncipe; y, como entonces, sigue siendo celoso y fiel guardador de vuestros intereses; no se mudó su corazón porque haya mudado de vestido; quedó siempre ligado á vuestro servicio.

ISABEL.—¡Ah! dignaos perdonar á vuestra súbdita que me sirviera de Vuestra Alteza y á tal punto le importunara, sin conocerle.

EL DUQUE.—Os lo perdono, Isabel; pero sed también generosa con nosotros. La muerte de vuestro hermano, lo sé, os pesa aún sobre el corazón, y podríais preguntaros con extrañeza por qué me oculté para salvarle la vida, y por qué no me he valido de mi autoridad antes de dejarle perecer. Tierna niña, la rapidez de la ejecución que me figuré sería menos pronta, ha defraudado mis designios. ¡Duerme en paz! La vida de que goza no tiene ya que temer á la muerte y vale sin duda mucho más que la nuestra, expuesta aún al temor. Consolaos con la idea de que vuestro hermano es feliz.

ISABEL.—Esto hago, señor.

(*Entran Angelo, Mariana, el religioso, el preboste.*)

EL DUQUE.—En cuanto á este nuevo desposado que vuelve ya, y cuya imaginación impura ha ultrajado vuestro honor, que defendisteis con tal éxito, de-

béis perdonarle por amor á Mariana. Mas como ha condenado á vuestro hermano, y se hizo culpable de un doble delito, violando la ley y su promesa positiva de acordaros la vida de vuestro hermano, la misma clemencia pide á grandes gritos y por la propia boca de su ministro: *Angelo por Claudio, muerte por muerte*. La celeridad responde á la celeridad, la calma sigue á la calma, ojo por ojo, y *medida por medida*. Tu crimen, Angelo, está manifiesto, y aun cuando quisieras negarlo, nada conseguirías. Te condenamos á perecer sobre el mismo tajo en que Claudio puso su cabeza, y con la misma precipitación. Sacadlo de aquí.

MARIANA.—¡Oh señor, señor! ¡No me habréis dado un esposo para burlaros de mí!

EL DUQUE.—Vuestro esposo, y no yo, se ha burlado de vos dándoos su mano. Creí vuestro casamiento necesario á vuestro honor; de otro modo, la flaqueza que cometisteis podía ajar vuestra vida, y dañar vuestro porvenir. Aunque sus bienes nos pertenecen según ley, os los donamos á título de viudedad; con ellos podréis hallar mejor marido.

MARIANA.—¡Oh, señor! no deseo otro mejor que él.

EL DUQUE.—En vano me rogáis; mi resolución es definitiva.

MARIANA (*arrojándose á sus pies*).—¡Señor!...

EL DUQUE.—Es inútil. Que lo lleven á la muerte. (*A Lucio*.) Ahora entráis vos.

MARIANA.—¡Oh señor! Cara Isabel, socórreme; échate á sus plantas y te daré mi vida en pago.

EL DUQUE.—Vais contra toda razón importunándola. Si hincase su rodilla para interceder por el matador de su hermano, la sombra de éste rompería su lecho de piedra, y la arrastraría de aquí con horror.

MARIANA.—¡Isabel, cara Isabel! arrodillaos solamente al lado mío: alzad vuestras manos, nada digáis, hablaré yo. Dicen que aun los mejores están

llenos de defectos y se vuelven tanto más virtuosos cuanto peores fueron: mi esposo puede ser de ese número. ¿Isabel, no queréis doblar la rodilla por mí?

ISABEL (*de rodillas*).—Príncipe, dignaos ver á este hombre sentenciado, como si mi hermano viviese. Me inclino á creer que la mayor virtud fué norma de sus acciones, hasta que me hubo visto; que no muera, señor! Mi hermano ha sido justamente castigado, puesto que cometió realmente el delito por el cual murió. El crimen de Angelo, por el contrario, no fué más allá del deseo, que abortó antes de ser ejecutado. Los pensamientos no están sujetos á la ley, y su intento no pasó de aquí.

MARIANA.—No pasó de aquí, señor.

EL DUQUE.—Vuestros ruegos son inútiles: alzad, os digo. Recuerdo ahora otro delito. Preboste, ¿por qué Claudio fué decapitado en hora inusitada?

EL PREBOSTE.—Así me lo ordenaron.

EL DUQUE.—¿Teníais para eso, una orden escrita y especial?

EL PREBOSTE.—No, señor; la recibí con un mensaje secreto.

EL DUQUE.—Y por eso, os despojo de vuestro oficio: dadme vuestras llaves.

EL PREBOSTE.—Dignaos perdonarme, noble señor: ya sospeché que era una falta, pero lo dudaba: sin embargo, después de haberlo pensado más, me arrepentí; en prueba de ello, hay todavía un hombre en la cárcel que, según una orden secreta, debía ser ejecutado, y le he dejado vivir.

EL DUQUE.—¿Quién es?

EL PREBOSTE.—Su nombre es Bernardino.

EL DUQUE.—Ojalá hubiérais hecho lo mismo con Claudio. Idos: traedle aquí; quiero verle.

(*Sale el preboste.*)

ESCALO (*á Angelo*).—Mucho me aflige que un hombre tan esclarecido, tan sensato como vos, haya caído

en un extravío tan grosero, movido primero de la pasión y luego por falta de buen criterio.

ANGELO.—Y á mí me aflige ser la causa de tantos sinsabores; tan grande es mi remordimiento, que prefiero la muerte al perdón: la he merecido y la pido.

(El preboste, conduciendo á Bernardino, Claudio y Julieta).

EL DUQUE.—¿Cuál es ese Bernardino?

EL PREBOSTE.—Este, señor.

EL DUQUE.—Un religioso me habló de este hombre. Me han dicho, miserable, que eres tan estúpido, que nada columbras más allá de la muerte, y arreglas tu conducta á esta idea. Estás sentenciado á muerte; pero, te perdono. Usa de este perdón disponiéndote á más honrada vida; religioso, aconsejadle: lo dejo en vuestras manos. ¿Quién es éste que tanto tapa el rostro? *(Se lo descubre.)*

EL PREBOSTE.—Es otro prisionero que he salvado y que debía perecer el mismo día que Claudio, y se parece tanto á él, que sería fácil tomar el uno por el otro.

EL DUQUE *(á Isabel.)*—Si se parece á vuestro hermano, le perdono por consideración á su memoria; y vos, Isabel, por el amor que os profeso, dadme vuestra mano y prometedme que seréis mía; es mi hermano también; más aplacemos este cuidado para más oportuna ocasión... Parece que Angelo comienza á advertir que se encuentra seguro, según veo brillar en sus ojos un rayo de esperanza. Vamos., Angelo, vuestro crimen se vuelve en favor vuestro. Amad á vuestra esposa; su mérito iguala al vuestro. Me siento inclinado á la clemencia; y, sin embargo, hay aquí alguien todavía á quien no quiero perdonar. *(A Lucio.)* Vos, amiguito, que me teníais por un imbécil, un cobarde, un hombre entregado enteramente al vicio, un asno, un loco; decidme ¿cómo he merecido de vos semejante panegírico?

LUCIO.—En verdad, señor, que obedecí tan sólo

al hábito y á mi natural inclinación; por ella vais á ahorcarme; sea en buen hora; pero con franqueza... preferiría que me hiciérais azotar.

EL DUQUE.—Te azotaremos, primero, y luego te



ahorcaremos. Preboste, mandad que pregonen por toda la ciudad que, si hay alguna mujer ultrajada por este libertino, como él mismo afirmaba hace poco, que se presente, y le obligaremos á casarse con ella, y una vez celebradas las bodas, azótenlo, y luego á la horca.

LUCIO.—No me obliguéis á casarme con una perdida, señor. No há mucho, decía Vuestra Alteza, que yo había hecho de vos un duque; no me recompenséis de ello, haciendo de mí un... ¿cómo diré?

EL DUQUE.—Te casarás; no hay remedio. Te perdono tus calumnias y demás ofensas, á condición de que te cases. Prendedle y cuidad de que se cumpla punto por punto nuestro deseo.

LUCIO.—Casarme con una perdida, señor, es condenarme á la muerte, al azote y al cadalso.

EL DUQUE.—Bien merece este castigo calumniar á

un príncipe. Vos, Claudio, pensad en reparar el honor de la que habéis ultrajado. Vos, Mariana, sed feliz. Amadla, Angelo; la he confesado y conozco su virtud. Os agradezco, mi buen amigo Escalo, vuestros buenos servicios y me reservo la ocasión de probaros mi gratitud. Y á vos también, preboste, en pago de vuestro celo y discreción, os confiaremos un puesto más digno de vos. Perdonadle, Angelo, el haberos llevado la cabeza del pirata en lugar de la de Claudio. La falta lleva consigo su perdón. Cara Isabel, algo tengo que pedir os que interesa á vuestra felicidad; si queréis prestar favorable oído á mi demanda, vuestro es cuanto poseo, y mío será cuánto os pertenece. Vamos, conducidnos á nuestro palacio: allí os revelaremos lo que sigue aún oculto, y de lo cual conviene que os enteréis todos. (Salen.)



## CORIOLANO

Ilustración de A. Wagner.—Grabados de Knesing